



DIVAGACIONES

MIRATONDO

Aislado en esta isla por pesimista—«hay que aislar a los pesimistas», que dijo el otro—, ¿qué mejor puedo hacer que apacentar mi espíritu en la lectura de aquel que fué el maestro supremo del pesimismo transcendent y poético, del pesimismo creador? Claro está que me refiero a Leopardi, que con su pesimismo levantó el alma de su patria y contribuyó, como el que más, a fraguar la conciencia de la nueva Italia.

Me he puesto a leer los «Paralipómenos de la Batracomiomaquia», aquella continuación del poemita satírico, puesto bajo el nombre de Homero, en que se cuenta la batalla entre las ranas y los ratones, y cómo vinieron los cangrejos en ayuda de aquéllas, de las ranas. Porque los cangrejos tienen que ayudar a los anfibios.

Ya en el canto primero del poema leopardiano—escrito en octavas reales, como los de Ariosto y el Tasso—aparecen los derrotados ratones corriendo a todo correr, perseguidos por los cangrejos, y entre ellos Miratondo.

«Había pasado la hora, y en el día segundo empezaba ya a ponerse obscuro el aire, cuando un guerrero, llamado Miratondo, se encontró huyendo por una altura, y, o fuese atrevimiento o bien que en el Mundo el miedo es vencido por el cansancio, detúvose, y acostumbrado a espiar levantó el hocico el primero de su linaje. Y erguido sobre los pies, con los ojos fijos, mirando cuanto podía a lo lejos, por aquí, por allí, por todos los cuatro vientos, buscó el agua y la tierra, el monte y el llano; espío las selvas, los lagos y las corrientes, las extensas campiñas y el Océano, y no vio otra cosa extraña sino mariposas y muchas avispas que erraban allí abajo, por el valle.»

Hay en estas dos preciosas estrofas rasgos fuertemente significativos, poéticos, desde aquello de que Miratondo «se encontró huyendo por una altura»,

a fuggir si trovo per un'altura

que así suele ser; que el fugitivo, en una derrota, se encuentra huyendo y acaso se sorprende de su huida. ¡Oh, fatalidad!

Pero se detuvo, o fuese valor o que en el Mundo vence el cansancio al miedo,

ed o fosse ardimento ovver ch'al mondo vinta della stanchezza e la paura.

Veis a uno que corre, que corre, que parece devorar suelo, que marcha a la conquista de una fortaleza o de un reino, y corre de miedo. Aunque parezca avanzar hacia el enemigo, que a las veces—lo diji-

mos en «Paz en la guerra»—se huye hacia adelante. Corre y corre, y más corre, y en rigor corre de miedo, y de pronto se para. ¿Por valor? No, sino porque el cansancio ha vencido al miedo. El cansancio es más fuerte que el miedo. Y los cobardes vestidos de bravucones, los que corren para aturdirse con la marcha y con el ruido de los pasos—suelen llevar cascabeles y hasta cencerro para hacer más ruido con la carrera—, esos se cansan pronto. Porque la fatiga no es cosa del músculo, sino que es cosa de la sangre y del corazón y del cerebro. Sólo la inteligencia es la que no se cansa. Y es una leyenda lo de la fatiga mental. Leyenda forjada por los que son incapaces de ponerse a pensar.

Levantó luego el hocico Miratondo, el primero de la casta de los ratones que lo levantó, e irguióse sobre sus dos pies traseros, y se puso a mirar. Con ojos de ratón detective, Miratondo, el policíaco, vencido el miedo por el cansancio, se puso a mirar, a descubrir enemigos de la patria ratonil, de Zopaia. Y ¿qué vio? Mariposas y avispas que erraban por el valle. No vio cangrejos ni cangrejillos, ni indicio alguno de armas hostiles, y «estaba el cielo sin nubes, y rubicunda la parte occidental, y el mar sin ondas». Como ésta que tengo a la vista. Y sintióse reconfortado y recobró ánimo Miratondo.

Miratondo no temía a las mariposas ni a las avispas. Menos mal. Porque hay ratones que temen a las mariposas más que a los cangrejos, a los gatos o a las comadrejas. Hay bravos ratones para los cuales la bestia negra es una mariposa. Antójaseles que la mariposa, en sus giros y revoloteos, se está burlando de ellos. Y atribuyen a los arabescos volátiles de las mariposas, a sus revoloteos, el que tengan que huir, ¡oh, fatalidad!, ante los cangrejos. Son las mariposas las que les distraen y la distracción trae el pánico.

El bravo Miratondo se detuvo en su huida y «osó llamar a sus compañeros héroes». ¡Oh, heroicidad ratonil! Y le oyeron sus compañeros héroes, los heroicos ratones de la huida, con tanta alegría como los diez mil de la retirada con Jenofonte oyeron gritar: «¡Mar! ¡Mar!»

¡Ah, y cómo se comprende aquí el grito maravilloso de los griegos errantes por el Asia Menor! «¡Mar! ¡Mar!» Y acaso mejor: «¡La mar! ¡La mar!» La mar, en femenino, y no el mar, en masculino; la mar materna.

¡La mar! ¡Esta mar maravillosa que cuela

a Fuerteventura, y en cuyos brazos, mientras sonriendo nos canta el canto eterno de cuna, es tan dulce leer el sonriente poema del maestro en pesimismo!

MIGUEL DE UNAMUNO

Isla de Fuerteventura, y Abril de 1924.

